

merosa y corrompida, en la que habia penetrado el espíritu de la revolucion, y que hacia gala de ser ingrata é infiel. Allí, como en otras regiones más elevadas, se llamaba virtud á la delacion, y á la traicion patriotismo. El rey no podia contar dentro del recinto del palacio de sus padres con otros corazones que los de las personas de su familia y los de algunos leales cortesanos del infortunio, cuyas más insignificantes acciones llegaban á oídos de Mr. de Lafayette inmediatamente. Este general habia expulsado de palacio, cubriéndolos de insultos, á una porcion de caballeros que se habian presentado en él á ofrecer sus vidas en defensa del soberano, el dia del alboroto de Vincennes. El rey vió con las lágrimas en los ojos á estos amigos fieles arrojados vergonzosamente de la real cámara y entregados por su *protector oficial* al escarnio y á los insultos del populacho. Por lo que acaba de decirse se ve que la familia real no podia contar con las gentes de su servidumbre para que favoreciesen su evasion.

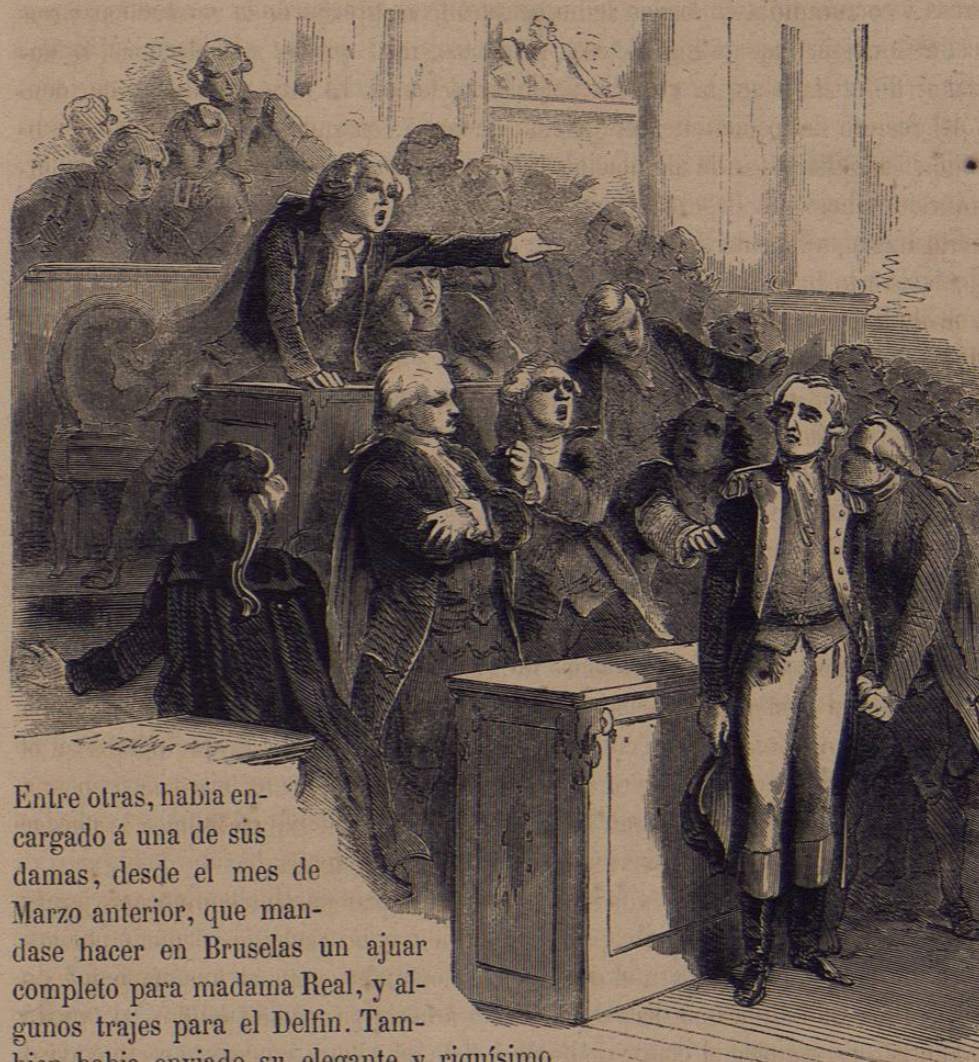
IX

El conde de Fersen fué el principal y casi único agente de esta arriesgada empresa. Joven, de buena presencia, y adicto al monarca, habia sido admitido en tiempos más felices á las disipaciones de Trianon, y es fama que un culto caballeresco, al cual sólo por respeto no puede dársele el nombre de amor, le habia unido á María Antonieta. Este culto tributado á la beldad cuando se hallaba en el apogeo de la dicha, se habia convertido en el ánimo del caballero sueco en una especie de entusiasmo religioso en los dias de tribulacion, capaz de hacerle perder cien vidas en defensa de la reina, si cien vidas hubiese tenido.

La reina estaba dotada de una perspicacia particular para no equivocarse jamás en la eleccion de amigos fieles, capaces de llevar á cabo cualquier negocio por arduo que fuese; así es que para el que ahora la ocupaba, y en el que nada ménos se interesaba que su propia salvacion, unida á la de su marido é hijos, no vaciló un momento en escoger al conde de Fersen. Este caballero, en cuanto recibió aviso de la reina, salió de Stockolmo y llegó á Paris; se puso de acuerdo con el rey, y se encargó de mandar construir el carruaje que debia estar preparado en Bondy cuando llegasen los augustos viajeros. Su calidad de extranjero le permitia obrar con desahogo, y supo manejarse con tanta habilidad, que no pudo traslucirse ninguno de sus pasos. Buscó tres ex-guardias de corps, personas de toda la confianza del rey, puso en su conocimiento lo que estaba ejecutando, y les enteró del papel que les tocaba desempeñar, segun las órdenes de S. M. Consistia éste en disfrazarse en traje de criados, y subir á los pescantes de los coches para proteger á la familia real en los lances que pudieran ocurrir en el camino. Llamábanse aquellos caballeros Valory, Moustier y Maldan, nombres oscuros ó conocidos cuando más en sus provincias, pero que se han hecho dignos de pasar á la posteridad por su fidelidad y por la abnegacion sublime con que se ofrecieron á perecer sacrificados por el pueblo, pues no ignoraban al comprometerse la suerte que les aguardaba si el rey era descubierto.

X

Mucho tiempo hacia que la reina no pensaba en otra cosa que en su fuga; idea halagüena que le hizo ocuparse de una porcion de cosas para cuando se viese libre.



Entre otras, habia encargado á una de sus damas, desde el mes de Marzo anterior, que mandase hacer en Bruselas un ajuar completo para madama Real, y algunos trajes para el Delfin. Tambien habia enviado su elegante y riquísimo estuche de viaje á su hermana Cristina, gobernadora de los Países Bajos, fingiendo regalárselo, y los brillantes y demas alhajas de su uso estaban en poder de Leonardo, su peluquero, que salió de Paris ántes que ella, acompañando al duque de Choiseul.

Lafayette en la Asamblea nacional.
Pág. 63.

Estos preparativos de una fuga premeditada no se habian ocultado completamente á la páfida vigilancia de una de las mozas de retrete de la reina, que habia observado los cuchicheos de aquellos dias y sorprendido alguno que otro signo de inteligencia entre las personas reales y las pocas que les eran adictas. Tampoco se le habia pasado por alto que habia muchas carteras vacías sobre las mesas, y que faltaban de sus estuches casi todos los aderezos de más valor. Inmediatamente dió parte de lo que habia notado á un ayudante de Mr. de Lafayette, llamado Mr. de Gouvion, con quien esta mujer perversa mantenía relaciones criminales, el cual puso en conocimiento de su general y de la municipalidad de Paris lo que estaba pasando.

Sucedíanse estas delaciones con tanta frecuencia, y habian salido falsas tantas veces, que ya no se les daba crédito, y casi se tenia por visionario al que las hacia.

Esta vez no sucedió así, porque se aumentaron las precauciones en todo palacio. Mr. de Gouvion, bajo mil especiosos pretextos, hizo que se quedasen en él una porción de oficiales de la guardia nacional, á los cuales puso de acecho en todas las salidas, en tanto que él, acompañado de cinco comandantes de la misma, observaba las puertas de la habitacion donde habia vivido el duque de Villeguier, porque le habian dicho, y era cierto, que la reina se comunicaba por un corredor secreto con aquel cuarto, y que, una vez en él, era muy fácil escaparse sin ser sentido. Todo esto se hacía tanto más creible, cuanto que nadie ignoraba que Luis XVI era un hábil cerrajero, y que estaba por consiguiente en disposicion de construir cuantas llaves falsas se le antojase.

Estos rumores habian llegado hasta los clubs, transmitidos por los guardias nacionales, y todos los patriotas se habian convertido aquella noche en otros tantos carceleros del rey. Causa admiracion leer en el periódico del 20 de Junio, redactado por Camilo Desmoulins, las siguientes palabras: «La noche estaba serena y todo Paris en la mayor tranquilidad. A las once salia yo del club y me dirigia á mi casa acompañado de otros patriotas, sin que hallásemos en todo el camino una sola patrulla. Parecióme esta calma tan siniestra, que no pude ménos de manifestárselo á mis compañeros, y entónces Freron, que era uno de ellos, se acordó de un billete que le habian dado, en el cual se le advertia que el rey debia escaparse aquella noche. Inmediatamente se dirigió á palacio á observar lo que pasaba, y no vió más que á Mr. de Lafayette, que entró allí poco despues de las once».

Más adelante refiere las inquietudes instintivas del pueblo en aquella noche, en estos términos: «La noche que se fugó la familia de Capeto, Busebi, peluquero de la calle de Borbon, fué á verse con un panadero llamado Hucher, que era gastador del batallon de los Teatinos, al cual comunicó la inquietud en que se hallaba porque acababan de decirle que el rey iba á escaparse aquella noche. Estos dos hombres fueron entónces á despertar á otros amigos y vecinos suyos, y en número de treinta se dirigieron á casa de Mr. de Lafayette á intimarle que sin pérdida de tiempo tomase las disposiciones convenientes á impedir la fuga. Mr. de Lafayette se echó á reir de ellos en sus barbas, y les encargó que se fuesen á acostar tranquilos. Desconcertados con esta salida del general, y temerosos de ser arrestados si daban con alguna patrulla al regresar á sus casas, le pidieron el santo, y él no tuvo inconveniente en dárselo. Con este salvoconducto se trasladaron á las Tullerías, donde no vieron cosa digna de llamar la atencion, á no ser el gran número de coches de alquiler que habia en aquel sitio. Para asegurarse más de que nada habia que temer, dieron la vuelta á una gran parte de palacio; pero nada notaron que pudiera infundirles sospecha, hasta que al regreso vieron que no habia en la plaza ni un solo coche. Entónces se retiraron á sus casas, desesperados y convencidos de que en algunos de aquellos carruajes se habia escapado la familia que tanto odiaban».

Se ve por esta agitacion sorda del espíritu público, y por el rigor con que se guardaba al rey, cuán difícil era la evasion de tantas personas juntas; pero sea que hubiese algunos guardias nacionales en el secreto, entre los mismos que estaban vigilando al rey, sea que el conde de Fersen hubiese tomado muy bien sus medidas, ó sea, finalmente, que la Providencia quisiese conceder aún un rayo de esperanza á los que iba á colmar tan pronto de infortunios, ello es que burlaron

la vigilancia de sus guardianes, y que la revolucion dejó escapar su presa por un momento.

XI

Nada variaron el rey y la reina aquella noche de lo que solian hacer las demas. Admitieron á todas las personas que acostumbraban hacerles la corte á la hora de acostarse, y despacharon la servidumbre á la hora acostumbrada. En cuanto se quedaron solos, se pusieron los trajes sencillos que habian de llevar en el viaje, adecuados al papel que les tocaba representar. Hecha esta operacion, se les reunieron madama Isabel y los niños en el cuarto de la reina, de donde pasaron por una comunicacion secreta al del duque de Villeguier, y de allí salieron de palacio separados por no llamar la atencion de los centinelas. El movimiento de carruajes que se retiraban de palacio llevando las personas que habian ido á hacer la corte al rey, que fué mayor aquella noche, merced á Mr. de Fersen, permitió á los prófugos llegar sin contratiempo á la plaza del Carroussel.

Daba el brazo á la reina un guardia de corps, y S. M. llevaba de la mano á madama Real: al atravesar la plaza se encontraron con Mr. de Lafayette acompañado de dos oficiales de estado mayor, que se dirigia á las Tullerías á examinar por sí mismo si se cumplian las órdenes que habia dado para evitar la fuga del rey. María Antonieta no pudo ménos de estremecerse al verle; pero al huir de su presencia, creia no tener nada que temer del resto de la nacion, porque veia personificadas en un solo hombre la insurreccion y la perfidia, y una sonrisa satisfactoria se asomó á sus labios al pensar lo burlado que quedaria cuando al dia siguiente no pudiese dar razon al pueblo de cómo se le habian escapado los que con tanto rigor guardaba.

Madama Isabel seguia á corta distancia, apoyada en el brazo de otro guardia, y detras de todos, por haberlo querido así, iba el rey, llevando de la mano al Delfin, que á la sazón tenia siete años. El conde de Fersen, vestido de cochero, iba delante del rey sirviéndole de guía, y el punto de reunion de estos tres pequeños grupos era en uno de los extremos de la calle de la Escala, entre la de San Honorato y las Tullerías, en cuyo sitio les aguardaban dos coches. Las damas de la reina y la marquesa de Tourzel estaban esperando allí hacía mucho tiempo.

Preocupados la reina y su guía por la inminencia del peligro, se extraviaron despues de haber pasado el Puente Real, y anduvieron errantes por las inmediaciones de la calle del Bac, hasta que, reconocido su error, retrocedieron llenos de sobresalto. El rey y su hijo, obligados á pasar otro puente y á atravesar un sin fin de calles, tardaron más de media hora en llegar al sitio de la cita; tiempo que se les hizo un siglo á la reina y demas personas que les aguardaban. Llegaron por fin sin tropiezo y subieron precipitadamente en el primer coche. El conde de Fersen se colocó en el pescante y condujo á la familia real hasta el otro lado de la barrera del puente de San Martin. Allí encontraron la berlina de que ya hemos hablado, tirada por cuatro caballos de Mr. de Fersen y conducida por su cochero en traje de postillon. Subieron á ella el rey, la reina, el Delfin, madama Real, madama Isabel y la marquesa de Tourzel; dos guardias disfrazados ocuparon el uno el pescante y el otro la trasera. Al lado del primero se sentó el conde de Fersen, que llegó hasta Bondy, en donde habia preparados caballos de refuerzo.

Allí besó la mano á los reyes, y dejándolos en manos de la Providencia, regresó á Paris, de donde salió aquella misma noche por otro camino distinto en direccion á Bruselas, para desde allí ir á reunirse con la familia real. En el mismo momento y para el mismo punto partía del palacio de Luxemburgo el conde de Provenza, hermano del rey, que llegó á su destino sin el menor contratiempo.

XII

Rodaban los carruajes del rey por el camino de Chalons, y en cada parada habia ocho caballos prevenidos para relevar los tiros. Este número considerable de caballos, unido á la construccion y tamaño particular de la berlina, el notable contraste que se notaba entre las nobles fisonomías de los guardias de corps y la librea con que iban disfrazados, y el tipo de la familia de los Borbones, tan marcado en el rostro de Luis XVI, que echado en el fondo del carruaje representaba muy mal el papel de ayuda de cámara que habia escogido, todo esto era más que suficiente para excitar sospechas y comprometer á toda la familia real. El pasaporte del ministro de Negocios extranjeros que llevaban, respondia sin embargo de todo. Hallábase redactado en estos términos: «En nombre del rey: Permitase pasar á la señora baronesa de Korf, que con sus dos hijos, una camarera, un ayuda de cámara y tres personas más de su familia se traslada á Francfort.—El ministro de Negocios extranjeros,—*Montmorin*».

El conde de Fersen habia calculado perfectamente al dar aquel título extranjero á la augusta fugitiva, porque acostumbrado el pueblo al boato que desplegaban los títulos y banqueros alemanes, no era fácil que les chocase el que veian en la familia real, muy inferior á tantos otros de personas de la misma categoría. En efecto, los ilustres viajeros no llamaron la atencion pública hasta Montmirail, pequeño pueblo situado entre Meaux y Chalons, en donde fué preciso detenerse una hora para reparar una avería que habia sufrido la berlina; hora que podia ser muy fatal para el monarca si, descubierta su fuga en las Tullerías, salian correos en su busca. Aporeróse la consternacion de todas las personas reales al reflexionar en los daños que podian sobrevenirles por esta forzosa detencion, pero muy en breve se tranquilizaron al ver el carruaje compuesto, y prosiguieron su marcha, muy ajenos de que aquel contratiempo pudiese costar la vida á cuatro personas de las cinco que iban en la berlina.

Tranquilos y llenos de confianza por lo propicia que les iba siendo la suerte, ya por haber efectuado su evasion sin que nadie llegara á traslucirla, ya por la regularidad con que iban encontrando los relevos de caballos, avanzaban rápidamente los viajeros, é iban aproximándose con alegría á Mr. de Bouillé y á las fieles tropas entre las cuales iban á verse en una completa libertad. Lo hermoso de la estacion contribuia en gran parte á aumentar el regocijo interior que se iba apoderando de ellos, y su vista se explayaba al abrazar toda la extension del horizonte despues de haber estado comprimida tanto tiempo dentro del recinto de su palacio, en donde la mayor parte de los objetos que veian eran ó repugnantes ó propios para causarles terror. Empezaban ya á ensancharse sus corazones y daban á Dios millones de gracias porque habia querido libertarles de un cautiverio que parecia interminable, atribuyendo este nuevo favor de la Providencia á las fervientes oraciones de aquellos inocentes niños y de su angelical tia madama Isabel.

Bajo tan felices auspicios entraron á las tres y media de la tarde en Chalons, única ciudad de alguna consideracion que tenian que atravesar. Algunos ociosos rodearon los carruajes mientras se mudaban los tiros, cuando el rey asomó imprudentemente la cabeza por la portezuela, y fué conocido por el dueño de la casa de postas. Este hombre honrado conoció que la vida de su soberano dependia de una mirada que le sorprendiesen ó de cualquier otro ademán que descubriese su admiracion, por lo cual procuró distraer la atencion de aquellas gentes hácia otros objetos, y ayudando él mismo á enganchar los caballos, dió prisa á los postillones para que marchasen cuanto ántes. Con razon pudo gloriarse este hombre en lo sucesivo de no estar manchado con la sangre de su rey.

Salieron los coches á escape por las puertas de Chalons, y el rey, la reina y madama Isabel exclamaron á la vez: «¡Nos hemos salvado!» En efecto, pasado aquel punto peligroso, la salvacion del rey era casi segura, y sólo con tener un poco de prudencia podia ya contarse libre de todo riesgo. El primer relevo tocaba en Pont-Sommevesle, y ya hemos dicho anteriormente que, segun lo dispuesto por Mr. de Bouillé, debian hallarse en aquel punto cincuenta húsares á las órdenes del duque de Choiseul y de Mr. de Goguelat, para proteger al rey en caso necesario, y no habiendo novedad replegarse á su retaguardia. El rey estaba seguro de encontrar allí aquellos leales amigos con sus soldados, pero no halló á nadie, porque todos se habian retirado media hora ántes de Pont-Sommevesle. Descubriase cierta agitacion y no poca inquietud en los rostros de las personas que rodeaban los carruajes, y ofase un siniestro murmullo en aquella reunion, cuyas miradas indicaban claramente las sospechas que les infundian los viajeros. Nadie se atrevió, sin embargo, á oponerse á su marcha, y á las siete y media de la tarde entraba el rey en Saint-Menehould, hora en que todavía falta mucho para anochecer en aquella estacion. Inquieto S. M. por no haber encontrado en dos paradas seguidas la convenida escolta, acercó la cabeza á la portezuela buscando entre la multitud alguna mirada de inteligencia, y confiando en dar con algun oficial que le explicase la causa que motivaba la ansiedad y zozobra de que estaba poseido su corazon. Este movimiento le perdió, porque el jóven Drouet, hijo del maestro de postas, le reconoció, á pesar de no haberle visto jamás, por la grau semejanza que existia entre su semblante y el busto de las monedas.

Este malvado jóven no se atrevió, sin embargo, á detener los carruajes, tanto porque se hallaba solo, ó al ménos no queria compañeros en esta empresa, cuanto porque los tiros estaban ya enganchados, montados los postillones, y sobre todo, ocupado el pueblo por un escuadron de dragones, que podia haber franqueado el paso á viva fuerza.

XIII

El oficial comandante del destacamento de dragones se paseaba por la plaza, espiondo el momento de la llegada de los carruajes, que reconoció en cuanto los vió por las señas que de ellos tenia. Así es que en seguida trató de hacer montar su gente á caballo para seguir al rey; pero esta resolucion, un tanto tardía, fué enteramente inútil, porque alarmados los guardias nacionales por los rumores que circulaban ya por el pueblo con respecto á la semejanza de uno de aquellos viajeros con Luis XVI, habian rodeado el cuartel y cerrado las puertas de las cuadras

para impedir la marcha de los dragones. Mientras se efectuaba este movimiento rápido é instintivo del pueblo, ensillaba Drouet el mejor caballo que tenia, y salia á todo escape en direccion á Varennes, para llegar allí mucho ántes que los coches y poder dar parte á la municipalidad de lo que habia notado, alarmar á los patriotas y proceder en seguida á arrestar al monarca, que, ignorante de lo que pasaba, seguia su marcha en la misma direccion, corriendo tras de su inevitable destino.

Drouet no tenia la menor duda en que llegaria á Varennes mucho ántes que el rey, que, precisado á seguir el camino real, tenia que dar un gran rodeo, en tanto que el otro tenia uno de herradura que le hacia atajar cuatro leguas. Sin embargo, por un capricho de la suerte, tambien corria la muerte en pos de Drouet, que estaba tan ignorante del peligro que le amenazaba, como ajeno se hallaba Luis XVI de que dentro de muy poco no habria ya para él ninguna esperanza de salvacion.

Un sargento de dragones habia logrado montar á caballo y burlar la vigilancia del pueblo. Instruido por el comandante de la partida precipitada de Drouet, y no ocultándosele cuál podria ser su objeto, salió en su persecucion á todo escape, seguro de alcanzarle y resuelto á matarlo. Seguiale en efecto sin perderle de vista, pero siempre á cierta distancia por no infundir sospechas, aunque ganando insensiblemente terreno, hasta dar con un sitio en donde pudiese ejecutar á mansalva lo que meditaba. Drouet habia vuelto muchas veces la cabeza por ver si alguien iba tras de él, y al descubrir aquel jinete que siempre iba siguiéndole la pista, comprendió cuál podia ser su intencion. Drouet era hijo del país, y por consiguiente conocia perfectamente todas las sendas, atajos y demas caminos de travesía; así es que al llegar á uno que no estaba muy distante, torció de direccion y muy pronto se internó en un bosque, dejando burlado al dragon, que ya no volvió á verle más. De este modo, y prosiguiendo su carrera á rienda suelta, llegó á Varennes en el tiempo que habia calculado.

El rey fué reconocido en Clermont por el conde Cárlos de Damas, que le aguardaba allí á caballo con dos escuadrones de dragones para marchar detras de él; pero la municipalidad, dominada por vagos terrores, sin poner obstáculo á la marcha de los carruajes del rey, mandó á los dragones que no se moviesen, á pesar de la orden que para ello tenian de su jefe. El cuerpo popular fué obedecido por la tropa, y el conde de Damas, abandonado de sus soldados, logró escaparse acompañado de un sargento y dos dragones, y los cuatro pusieron sus caballos al galope, siguiendo al rey á alguna distancia. ¡Socorro débil y muy tardío ya!

Encerrada la familia real en su berlina, le eran desconocidos todos estos incidentes, y llegaba á Varennes á las once y media de la noche, sin haber hallado el menor obstáculo en el camino. Todo estaba desierto y silencioso en el pueblo, y sus vecinos dormian tranquilamente, ó al ménos aparentaban hacerlo. El lector no habrá olvidado que este pueblecillo estaba separado de la linea de postas de Chalons á Montmedy, por cuya razon no podia el rey encontrar allí relevo de caballos. Tampoco habrá olvidado quizá que para obviar este inconveniente habia resuelto Mr. de Bouillé que los caballos del duque de Choiseul estuviesen en un sitio determinado del lugar, para engancharlos á los carruajes y llegar con ellos hasta Stenay, en donde Mr. de Bouillé aguardaria al rey. Hemos visto igualmente que, en virtud de las instrucciones de este general, el duque de Choiseul y Mr. de Goguelat debian haber aguardado al rey en Pont-Sommevesle, á la cabeza de cin-

cuenta húsares, para escoltarle despues; pero ni le habian aguardado, ni habian podido seguirle, como es consiguiente. De esta falta y de haberse dirigido á Varennes desde Pont-Sommevesle por el camino más largo, por evitar el paso por Saint-Menehould, resultó que estos dos oficiales no pudieron llegar á Varennes sino una hora despues que la familia real. La única razon que puede justificar el gran rodeo que tuvieron que hacer por no haber seguido su marcha por el camino real, es la alarma que habia producido su presencia en Saint-Menehould el dia anterior. Los coches del rey se hallaban detenidos entre tanto á la entrada de Varennes.

Atónito y sorprendido el rey de no ver llegar á Mr. de Choiseul y á Mr. de Goguelat á la cabeza de la prometida escolta, y no ménos admirado de que tampoco llegasen los caballos que habian de engancharse á los coches, aguardaba con impaciencia oír el chasquido de algun látigo que le anunciase la proximidad de los postillones; pero aguardaba en vano, porque á pesar de haberse apeado los guardias de corps y de haber andado de puerta en puerta inquiriendo en dónde podrian estar los anhelados caballos, nadie pudo darles una respuesta satisfactoria.

XIV

La poblacion de Varennes se divide en alta y baja, separadas una de otra por un puente. Mr. de Goguelat habia colocado los tiros de relevo en la parte baja, al otro lado del puente; medida acertada, porque de este modo lo atravesaban los coches con los caballos que traian desde Clermont, y porque en caso de una conmocion popular, se engancharan en un momento los que estaban descansados y se les ponía desde luégo á todo escape, con lo cual era muy difícil que los alcanzasen. La gran falta estuvo en no advertir al rey esta determinacion. Llenos de una inquietud imposible de describir, se apearon del coche el rey y la reina y anduvieron errantes por las desiertas y silenciosas calles del barrio alto, buscando con la vista el sitio en que podrian estar los caballos, y llamando en todas las casas donde veian luz, para adquirir noticias de lo que tanto deseaban; pero nadie entendia lo que querian decir. Al ver el ningun fruto de sus diligencias, vuelven desanimados á recobrar los coches, y allí hallan á los postillones jurando y amenazando con que van á desenganchar y á marcharse. El oro y las promesas deciden por fin á estos hombres soeces á montar á caballo y seguir adelante. Arrancan los coches de nuevo, y los viajeros se tranquilizan y cuentan hallarse dentro de breves minutos en el campamento de Mr. de Bouillé. Atraviesan sin obstáculo el barrio alto, cuyas casas, todas cerradas, reposan en la calma más engañosa: sólo algunos pocos hombres están despiertos, y éstos se hallan ocultos y guardan el más profundo silencio.

Elévase una torre en la cabeza del puente, que separa el barrio alto del bajo, torre feudal, colocada sobre una sombría bóveda por donde los coches tienen forzosamente que ir al paso, y en donde el más insignificante obstáculo es suficiente á detener su marcha. Reliquia del feudalismo y lazo siniestro en donde la nobleza prendia en otros tiempos á los pueblos, esta torre estaba destinada á que el pueblo preparase en ella una emboscada en que cayese toda una familia de reyes. Apenas han penetrado los coches en aquella oscuridad, cuando, espantados los caballos á la vista de una carreta y de otros objetos que les impedian el paso, se de-